

Notas al programa

Ciclo Preludio: 19 de noviembre, 12.00h

Para este concierto os proponemos un viaje por diferentes épocas y lugares con el piano como protagonista casi en su totalidad: empezamos nuestro recorrido sonoro en **Viena en el día de Navidad de 1821** con la penúltima Sonata para piano escrita por Beethoven. Es la central de las 3 Sonatas (op. 109-111) nacidas como encargo del editor Moritz Schlesinger. En ella podemos apreciar las armonías, texturas, formas y expresiones del compositor alemán a lo largo de los tres movimientos que la componen: el 1er movimiento *Moderato* comienza con un canto calmado -aunque como siempre en Beethoven la calma no sea sencilla de mantener- conteniendo la indicación "*con amabilità*". Le sigue un rápido *Scherzo*, una broma explosiva y alborotada. En el último movimiento hace una combinación muy contrastante entre un lento recitativo, un *Arioso dolente*, una fuga a tres voces, la vuelta al trágico *arioso* y una segunda fuga que nos lleva a un final positivo después de haber pasado por los estados de dolor y lamento/pasión y purificación.

Continuamos el camino en **Viena**, y ahora se une al piano un estupendo compañero de viaje: el violín. Nos hemos retrotraído con Schubert 4 años antes, al **verano de 1817** en el que compuso su cuarta Sonata para violín y piano, también denominada "Dúo". En cuatro movimientos, nos muestra influencias de Beethoven así como de Rossini, pero siempre reflejando su propia personalidad compositiva con lo que resulta una obra de gran lirismo, en la que el piano y el violín cantan alegrándose de encontrarse juntos en este viaje, con alguna piedrita en el camino -ninguna que no sea salvable- y acabando el recorrido con entusiasmo, energía y vitalidad.

El piano continúa el viaje solo haciendo ahora un salto al **sur de Inglaterra** (aunque siempre con trasfondo parisino) a las **navidades de 1909**. Aquí Debussy empieza a componer el primer libro de los dos que conforman sus 24 Preludios para piano solo. Nombrados así por ser piezas muy libres, en honor a los Preludios de Chopin, con ellos nos invita a viajar dentro de nuestro propio viaje, pero sin darnos el billete de avión: Debussy indicó los títulos (elegidos para fomentar las imágenes y sensaciones) sólo al final de cada preludio, después de puntos suspensivos y entre paréntesis, para que el intérprete/viajero descubriese sus propias impresiones sin la influencia de las ideas iniciales del compositor.

Las *Bailarinas de Delfos* es el primero del ciclo y en este preludio nos hace una muestra sintética de las técnicas armónicas y melódicas que irá empleando en los consecutivos. Es este caso su inspiración vendría dada por la imagen de una cariátide que habría visto expuesta en el Louvre. Como una zarabanda seria y clásica, nos transporta con cierta frialdad pero también misticismo, al centro del mundo para los antiguos griegos: Delfos.

El camino vuelve a retroceder en el tiempo hasta la **primavera de 1831 en Viena** (estancia forzosa) con la Balada núm. 1 de Chopin. De este momento son los primeros esbozos, aunque no se publicaría hasta 1836 en Leipzig. Inspirada por la amargura y ansiedad que Chopin sufría

solo en Viena mientras familiares y amigos estaban en su país (Polonia), luchando contra la opresión del imperio ruso, refleja ese dramatismo que vivía el compositor.

Parece que nos hemos dejado cosas importantes en el camino, así que volvemos con Debussy a esos **inicios de 1910 en Inglaterra**. En esta ocasión el viaje dentro del viaje nos lleva a la misteriosa ciudad de Ys y su *Catedral sumergida*, el décimo preludio de Debussy. Una antigua leyenda celta cuenta la historia de Ys, la ciudad más bella que jamás haya existido: la hija del rey, convencida por su amado, roba la llave para abrir la puerta del dique a su padre. Su egoísmo hace que la ciudad quede sumergida en las gélidas aguas del Mar del Norte. La leyenda narra cómo todos los amaneceres, desde lo más profundo del mar surge de nuevo la ciudad y puede ser contemplada unos segundos por los humanos, y cómo en ocasiones los barcos que navegan por la bahía de Dourarnenez pueden oír el lúgubre repicar de las campanas de su vieja catedral, recordando la gloria de la ciudad perdida. Debussy recrea esta atmósfera y describe magistralmente en música esta leyenda haciendo uso de recursos compositivos, sonoros y expresivos: comienza con un mar tranquilo mediante una profunda y dulce calma, hasta que vamos saliendo de la bruma y la ciudad empieza a emerger mediante el motivo principal ascendente. Se oyen las campanas de la catedral a cargo de los registros agudos del piano usados a modo de carrillón, y el órgano se evoca mediante unos acordes graves que resuenan con antiguas polifonías medievales, un *organum* en quintas paralelas. En el momento álgido de la pieza podemos ver con nitidez la catedral completamente emergida, quedándonos extasiados con la grandiosidad de su imagen hasta que el mar turbulento vuelve a sumergirla.

Después de este paréntesis tan fuera de lo terrenal, volvemos a Chopin y su cruda realidad en el **verano de 1831**. Ya había abandonado Viena pasando por muchas ciudades con destino final en París, y en **Stuttgart** recibió la impactante noticia de la caída de Varsovia ante las tropas rusas y del fin del Levantamiento de Noviembre, también conocido como la Revolución de los Cadetes. El conocimiento de este fracaso, que hasta le causó fiebres y una crisis nerviosa, se dice que fue el germen de su duodécimo Estudio para piano op. 10 y que por ello lleva el sobrenombre de "Revolucionario". El final de este Estudio tiene referencias a la última Sonata para piano de Beethoven, la op. 111 que hace su número 32. Escrita en la misma tonalidad de do menor, Chopin admiraba esta sonata con lo que aquí de alguna manera volvemos al inicio del viaje en un recorrido circular que empieza y termina con Beethoven en Viena.